

## **No Estoy Llamado Para Mantener A Mis Hijos Alejados Del Peligro**

No puedo mantener a mis hijos a salvo. Pero puedo prepararlos para una vida de fidelidad.

Por Rachel Pieh Jones

Hace quince años, mi esposo y yo hicimos la cosa más arriesgada que pudimos imaginar y tomamos un trabajo en el Cuerno de África. La gente a menudo respondía preguntando: "¿Vas a traer a los niños?" En ese momento teníamos gemelos de dos años.

Seis años antes de que tomáramos esta decisión de mudarnos que nos cambió la vida, escuchamos a John Piper predicar un sermón sobre Hebreos 13: 12-14 y cómo Jesús sufre "fuera de la puerta de la ciudad para santificar al pueblo con su propia sangre" (NRSV) . El escritor de Hebreos llama a los cristianos a "ir a él fuera del campamento".

Piper lo redujo a un estribillo en particular que sirvió como un poderoso catalizador para nuestra familia. "¿No debe significar para muchos de nosotros: dejar el campamento! ¡Deja el campamento! " él dijo. "Deja el cómodo campamento de Belén. Deja el cómodo campamento de Minneapolis. Deje el trabajo cómodo y seguro y únase a Jesús en el camino del Calvario hacia la necesidad, no hacia la comodidad".

En un ensayo reciente titulado "¿Arriesga a tus hijos por el reino?", Piper hace una pregunta relacionada que mi esposo y yo nos hicimos cuando decidimos mudarnos al norte de África: "¿Cuál es el mayor bien que pueden hacer por sus hijos?" Creíamos firmemente que "avanzar hacia la necesidad" era uno de los mejores bienes que podíamos hacer por ellos.

Sí, por supuesto, traíamos a los niños.

Sin embargo, al elegir llevar a nuestros hijos fuera del campamento, también elegimos una vida de riesgo. El campamento al que se hace referencia en Hebreos 13 está ubicado dentro de las puertas de la ciudad, donde todo es familiar, seguro y cómodo. Fuera del campamento, adonde fue Jesús, había un lugar de vergüenza, muerte, abandono y dolor.

Para nosotros, mudarnos "fuera del campo" significaba lidiar con armas, gobierno limitado, falta de atención médica y educación de baja calidad. También significaba lidiar con el calor opresivo, luchar con un nuevo idioma, encontrarse con personas que no creían, ni se veían ni actuaban como nosotros, y sentirse como idiotas culturales la mayor parte del tiempo.

Sin embargo, también experimentamos una nueva belleza: la sencillez de no poder comprar mucho más que comida; un ritmo de vida lento que nos permitió centrarnos en las relaciones; trabajo satisfactorio y significativo; prácticas de fe que impregnaron nuestra vida diaria; y personas que nos dieron la bienvenida, "al forastero y al forastero", en sus hogares, corazones

y celebraciones. Aunque mudarse allí era más que arriesgado, era el siguiente paso para confiar en Dios tanto por el bien de nuestros hijos como por el de los demás a quienes buscamos servir.

Ahora, 15 años y dos países después, estamos a punto de hacer la cosa más arriesgada que pueda imaginar actualmente. En unos meses, enviaremos a esos mismos gemelos al otro lado del océano a dos universidades públicas en los Estados Unidos. Como padre, estos nuevos riesgos a veces se sienten paralizantes. Temo las presiones del secularismo, la violación en el campus, la adicción al teléfono celular, la pornografía, el consumismo, los trastornos alimentarios, la codicia, la soledad, la pérdida de la fe, el consumo de alcohol por menores, las drogas, los tiradores en el campus y el encanto de la riqueza occidental.

Sin embargo, en medio de mis temores, me reconforta saber que ninguno de nosotros, sin importar dónde vivamos, está criando a nuestros hijos sin riesgos.

Desde que mi esposo y yo nos convertimos en padres, hemos corrido el riesgo de perder a nuestros hijos, ya sea por muerte física o muerte espiritual, cualquiera de las cuales puede suceder en cualquier lado del océano. Nuestros hijos inevitablemente se van a lastimar. Aunque no podemos protegerlos, podemos prepararlos, y una de las formas en que lo hacemos es modelando una vida de servicio de adoración y gozo "fuera del campamento".

"No vale la pena vivir una vida que no se entregue a las grandes cosas", escribe Piper, "así que arriesgue su vida, y la de sus hijos, para ser parte de la grandeza".

Esa "grandeza" se ve diferente para cada familia, ya sea que se mude al extranjero, sirva a los marginados, ame a nuestro vecino, reciba al refugiado, administre un negocio, cambie pañales o cree arte. El reino de Dios opera al revés. Nuestros esfuerzos son pequeños. Pero una semilla de mostaza también es pequeña y se convierte en un árbol que da vida, produce sombra y proporciona refugio. Ese es el camino del reino. Si la simple fidelidad es lo que hace grande una acción, entonces, como familias, estamos llamados a deleitarnos en ser parte de las pequeñas cosas.

Cristo nos llama a todos fuera del campamento a servir y amar a los demás, y a menudo lo hacemos junto a nuestros hijos. ¿Por qué arriesgarlo? Porque somos ciudadanos de otro país lejano. Como dice Hebreos 13, "aquí no tenemos una ciudad duradera, pero estamos buscando la ciudad que está por venir".

Rachel Jones vive en África con su esposo y sus tres hijos. Actualmente está trabajando en un libro que Plough publicará en 2019.